

El viaje ilustrado

Antonio Morales Moya*

RESUMEN

Como en los demás países de Europa en el siglo XVIII también en España cundió la fiebre de los viajes, pero lo más notable es que los españoles empiezan a viajar por su propio país. El propósito de estos españoles viajeros por España era mostrar lo que había sido y lo que era España. El viaje ilustrado fue promocionado por la corona y concebido como una parte de la renovación total de la nación española. Así se hicieron viajes con varias y distintas finalidades: económicas, científico-naturalistas, artísticas, histórico-arqueológicas, literario-sociológicas y políticas. Sin embargo no todos los viajes ilustrados tuvieron carácter oficial, el interés personal y la capacidad del autor constituyen factores que enriquecen el contenido del viaje. Los viajes de Ponz o de Jovellanos nos permiten conocer, de primera mano, no sólo la realidad de la época, sino las esperanzas y los sueños reformistas de una generación.

*Profesor titular de
Historia Contemporánea.
Universidad Complutense.

¹ E. Gómez Arboleya: «Breve meditación sobre el viaje». «Cuadernos Hispanoamericanos», 35 (noviembre, 1952), p. 42.

² E.F. Helman: «Viajes de españoles por la España del siglo XVIII». «Nueva Revista de Filología Hispánica», VII (1953), pp. 618-619.

³ G. Gómez de la Serna: «Los viajeros de la Ilustración». Madrid, 1974, p. 74.

⁴ *Ibid.*, pp. 78-81.

I

«Siempre que nos acercamos al hombre para comprender aunque sea la más pequeña parcela de su vida —escribió Gómez Arboleya— advertimos que en ella moviliza, tácita y calladamente, su realidad última y constitutiva»¹. El viaje ilustrado, aunque no pequeña parcela sino aspecto decisivo en la vida de no pocos hombres de nuestro siglo XVIII, nos muestra, con original relieve, lo que fué realmente la Ilustración española y el valor ejemplar de sus representantes.

Edith F. Helman subraya el hecho: como en los demás países de la Europa del siglo XVIII, también en España cundió la fiebre de los viajes por Italia, por Francia, por Inglaterra..., pero lo más notable es que los españoles empiezan a viajar por su propio país. «Mostrar lo que había sido y lo que era España, tal fue el propósito de los esforzados eruditos y fervorosos peregrinos que recorrían toda España, explorando archivos, reuniendo documentos, medallas, inscripciones, midiendo monumentos, caminos y puentes, observando el campo y sus plantíos, los pueblos y sus habitantes, apuntando todo lo que veían para luego darlo a conocer»².

A Gaspar Gómez de la Serna, tan cordialmente comprensivo del significado de la Ilustración en la Historia española, debemos el más completo e inteligente tratamiento del tema. El viaje ilustrado se nos muestra así como una promoción real. «Promoción real, muy meditada, calculada y cuidada, e incluso planificada racionalmente (...), y, sobre todo, pensada como parte de una renovación total de la nación española, cuyo impulso no hay que dejar de apuntar a la gloria de Fernando VI, a menudo oscurecida por la que se suele atribuir a Carlos III, con una excluyente y obsesiva reiteración que es, si no injusta, al menos sí tópica y peca de falta de información mayor»³. Los viajes ilustrados se planificaron tratando de cubrir «el abanico general de los grandes objetivos de que se componía la reforma general del país, acometida por el nuevo régimen», y desde esta perspectiva traza Gómez de la Serna una tipología que le permite clasificar aquellos viajes de la forma siguiente⁴.

^{1º} *Los viajes económicos*, orientados a «estudiar la estructura económica y técnica del país, conocer su estado, informar sobre sus posibilidades de mejoramiento y proponer los proyectos de reforma conducentes a su más racional explotación o positivo rendimiento, en cualquiera de los aspectos agrícola, industrial o comercial que

⁵ Bernardo Ward: «Proyecto económico en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España con los medios y los fondos necesarios para su plantificación». Madrid, por Joachim Ibarra. 1779 (segunda Impresión); Guillermo Bowles: «Introducción a la historia natural y geografía física de España», 1775; Gaspar Melchor de Jovellanos: «Diario quinto», en «Obras Publicadas e inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos». B.A.E. tomo tercero, Madrid, 1956 pp. 118 y ss. La edición de la B.A.E. es reimpresión de la realizada en 1953-1954 por el Instituto de Estudios Asturianos, preparado el texto por Julio Somoza, con amplia introducción de Angel del Río y un breve volumen de índices (1956), elaborado por José María Martínez Cachero.

⁶ «Viaje a Galicia de Fray Martín Sarmiento (1754-1755)». Edición y notas de F.J. Sánchez Cantón y J.M. Pita Andrade. Santiago de Compostela. 1950; Antonio José Cavanilles: «Observación sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del reino de Valencia», reedición, 1958 e «Icones et descriptiones plantarum quae aut sponte in Hispania crescunt aut in hortis hospitantur», 6 vols. que empezaron a aparecer en 1791.

⁷ Antonio Ponz: «Viage de España» Madrid, 1772-1794. Reeditado por Atlas, 1974. Isidoro Bosarte: «Viage artístico a varios pueblos de España, con el juicio de las obras de las tres nobles artes que en ellos existen, y épocas a que pertenecen». Madrid 1804, reeditada por Turner.

⁸ Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores: «Noticia del viage de España». Imprenta Real. Madrid 1765. El «Viaje literario a las Iglesias de España» se compuso con las Cartas de Jaime a su hermano Joaquín Lorenzo Villanueva, quien las fue publicando «con algunas observaciones» a partir de 1803, reimpresión, 1902.

⁹ Francisco Méndez: «Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro. Fr. Enrique Flórez». Madrid, 1860. José Viera y Clavijo: «Viaje a la Mancha en el año 1774. Adición a la historia general de los viajes que salen en el Diario de Madrid» publicado por A. Morel Fatio en «Etudes sur l'Espagne» Deuxieme série. Paris, 1905 pp. 387-413; Tomás de Iriarte. «Viaje a la Alcarria»,

conviniere coordinar o poner en marcha separadamente». Así los de Bernardo Ward, Guillermo Bowles o algunos de los de Jovellanos⁵.

^{2º} *Los viajes científico-naturalistas*, como los del Padre Sarmiento a Galicia en 1745, o los viajes botánicos de Cavanilles⁶.

^{3º} *Los viajes artísticos* entre los que destaca el «Viage de España», de Antonio Ponz (1772-1794), el «Viage artístico a varios pueblos de España», de Bosarte, el «Viaje Arquitectónico-anticuario de España», del canónigo José Ortiz, publicado en 1807, y el de Vargas Ponce de 1779 por Cartagena, Sevilla, Tarragona y Murcia⁷.

^{4º} *Viajes histórico-arqueológicos*, de los que cabe citar, el del Marqués de Valdeflores a Andalucía, su «Noticia del Viaje de España» de 1752, el de Pérez Bayer desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782, el de Villanueva «A las iglesias de España», comenzado a editar en 1803⁸.

^{5º} *Los viajes literario-sociológicos*. Gómez Arboleya señala cómo los viajeros —el viaje permite percibir las «vigencias sociales, las actitudes y modos generales, repetitivos, de actuación en las gentes— resultaron ser los padres de la Sociología, y este carácter sociológico amplio tienen el ya citado «Viaje de España» de Ponz, las notas de viaje contenidas en las «Noticias de la vida y escritos del padre Flórez» (1780), el «Viaje a la Mancha» de Viera y Clavijo (1774), el «Viaje a la Alcarria», en 1781, de Tomás de Iriarte, los contenidos en los «Diarios» de Jovellanos a partir de 1790 y los viajes de Leandro Fernández de Moratín (1797-1828) y de Nicolás de la Cruz y Bahamonde (1797-1801), entre otros⁹.

^{6º} Quizás convendría añadir a los tipos de viaje establecidos por Gómez de la Serna, y aunque todos, en último término, tienen para él este decisivo carácter, el *viaje más rigurosamente político*, encaminado a recoger una información general, no sólo específicamente económica, desde la que pudiera orientarse debidamente la Administración Pública. Pueden incluirse en esta categoría el «Diario» de los siete viajes que hizo por Cataluña, entre 1785 y 1790, Francisco de Zamora, el viaje de Bernardo de Belluga por Andalucía entre 1785-1786 o los de Campomanes a Extremadura y a las Sierras y Castilla la Vieja¹⁰.

II

¿Por qué viajaban los Ilustrados? Gómez de la Serna, acertadamente, como hemos dicho, estudia el viaje dentro del contexto general de la empresa ilustrada, de ese esfuerzo por movilizar el país, despertando sus dormidas energías, realizado por una élite hidalga a través de la acción estatal. El viaje ilustrado será entonces, «una de las más significativas muestras literarias del ingente esfuerzo hecho por nuestro siglo XVIII para reconstruir, reordenar y airear con viento renovador la vida española, tratando de convertir los restos de la triste herencia recibida en el patrimonio activo de una nación en marcha»¹¹. Gracias a este esfuerzo, España alcanzó, como pone de relieve Julián Marías una insólita «buena forma» durante gran parte del siglo XVIII, lo que permitirá centrar el problema español en realidades que había que resolver, no en

metafísicas esencialidades y, a la vez, en una perspectiva europea, entendida Europa como sociedad auténtica, como empresa común de un conjunto de naciones, que, precisamente por serlo, tienen en la europeidad no sólo su origen, sino su horizonte, su futuro, su irrenunciable proyección¹².



F. de Goya: «Jovellanos» (detalle).

en E. Cotarelo y Mori; «Iriarte y su tiempo», Madrid, 1897, pp. 467 y ss.

¹⁰ «Diario de los viajes hechos en Cataluña» en Francisco de Zamora, *seguit de la reposta del corregiment de Barcelona al seo qüestionari feta per Josep Albert Navarro-Masi Marquet a cura de Ramon Boixareu*. Barcelona, 1973. Manuel Moreno: «Una visión crítica de Andalucía en el siglo XVIII (De la correspondencia de Belluga con Floridablanca)». «Revista de Occidente», 13 (mayo 1982), pp. 77-92; Pedro Rodríguez Campomanes: «Viaje a las Sierras y Castilla la Vieja (1-30 octubre, 1779)». Introducción por M. Artola. «Estudios de Historia social», 12-13 (enero-junio, 1980), pp. 325-441 y «Viaje de Extremadura», publicado por Rodríguez Amaya en la «Revista de Estudios Extremeños», IV (1948) pp. 201-246.

¹¹ G. Gómez de la Serna, op. cit., p. 100.

¹² Cfr. J. Marías: «La España posible en tiempo de Carlos III». Madrid, 1963, p. 19.

¹³ G. Gómez de la Serna, op. cit., p. 100.

La perspectiva desde la que Gómez de la Serna contempla a los «Viajeros de la Ilustración», resulta, sin embargo, y aunque indudablemente esclarecedora, excesivamente rígida. El sentido del viaje ilustrado no se agota en su dimensión política. El «viaje ilustrado» no es solamente una empresa estatal, vivida heroicamente: «Conmueve aún hoy considerar —nos dice— la indomable energía con que aquellos finos intelectuales, exquisitos caballeros o abates de blanca peluca empolvada, iban aplicando sobre el cuerpo destartado y convaleciente de España el egregio sinapismo de su mente racional y patriótica, cómo iban anotando paciente, minuciosa y honestamente la realidad sobre la que había de operar el propósito reformista del poder político al que servían, o, mejor aún, al que estaban ellos mismos intelectual y enérgicamente nutriendo»¹³.

Así, el «viaje ilustrado» no tiene siempre un carácter oficial. Ni los viajes de Ponz, ni los de Zamora se promueven desde el Estado. Es cierto que Antonio Ponz empezó su vida viajera con un encargo de Campomanes para, expulsados los jesuitas, recoger en la Academia las obras de arte de mayor calidad diseminadas por los Colegios e Iglesias de la Compañía en tierras andaluzas. Entonces maduró la idea de su viaje por España, mas el viaje fue realizado por personal iniciativa. Otra cosa es que no le faltara el apoyo de Campomanes y Jovellanos, lo que le permitió obtener alguna prebenda y acceder al cargo de Secretario de la Real Academia de San Fernando. Con sus libros que se suceden a lo largo de veintitrés años, trató Ponz de responder a los errores con que nutrió su obra —«Lettere d'un vago italiano ad un suo amico»— un religioso italiano, el padre Norberto Caimo, viajero por España entre 1755 y 1756, una muestra más de la importancia que en la época adquiere una afirmación nacional que impide pasar por alto la

deformación del puesto, valor y posibilidades que España tiene dentro de la historia y de la presente realidad europea.

Por su parte, Francisco de Zamora, ejemplo increíble —para nosotros, no quizás para una época, ese Antiguo Régimen, en cuyos despachos, como ha señalado García de Enterría, se realizaron muy altos valores— de profesionalidad funcional, al ser nombrado por el Rey Alcalde del crimen en Cataluña, resolvió recorrer a caballo o a pie la provincia de su destino, para poder realizar mejor las obligaciones de su empleo. Observándolo todo, campos y fábricas, iglesias y monasterios, bibliotecas y archivos, hospitales y escuelas, anduvo «por montes y valles, de pueblo en pueblo, preguntando a quien teme responder, observando para que no le engañen con la respuestas, apuntando de día para formar el Diario a la noche, dormir poco, comer mal y gastar mucho, sin ningún auxilio del Rey ni del público»¹⁴. No necesitaba Zamora, por tanto, que el Estado sufragara lo que consideraba que era su obligación para con su país y con su pueblo e invocaba a tal fin la solidaridad ilustrada. Así, escribió a Jovellanos: «Mis romerías, mis ocupaciones y mis negocios en estos últimos cuatro años han sido tan largos tan raros y quizá tan impropios de mi carrera en el concepto en que hoy se halla, que son más para una conversación que para carta (...) concluida mi comisión de visitar los ejércitos, voy a acabar el viaje de España. Ahora haré el de Andalucía, Portugal y Extremadura, y después volveré a Madrid, descansaré aquí un poco tiempo, y emprenderé el de Galicia y Asturias, con tanto más gusto cuanto que veré a Vm. si permanece ahí, y caso que no, cuento con sus luces, con sus observaciones y estudio, ofreciéndole lo poco que yo haya adquirido en las otras provincias del reino que llevo examinadas. ¡Cuánto hay amigo mío que remediar, y cuánta facilidad para hacer feliz al pueblo español! Pero ¡qué poca gente veo que se dedique a esta grande obra, ni aún que quiera oír hablar a los que lo desean. Por esto es preciso que reunamos nuestros esfuerzos, a fin de hacerlos menos inútiles, ya que hemos puesto la mano a tamaña empresa»¹⁵.

Por otra parte, la fe ilustrada en la acción del Estado, decisiva para remover los obstáculos, mentales, político-administrativo y económico-sociales, que se oponían a la difusión de las luces, se complementa con su convicción del valor decisivo de la conciencia social. No todo depende, por consiguiente, del Estado. Por ello escribe Jovellanos: «Si no tiene buenas leyes las tendrá, porque éste debe ser un efecto infalible de la propagación de las luces. Cuando la opinión pública las dicte, la autoridad tendrá que establecerlas, quieras que no»¹⁶. Hay, pues que viajar: «Es preciso conocer el país antes de trabajar en favor de la felicidad», recomienda a los socios de la Económica Asturiana, mas hay después que comunicar los resultados de las observaciones al público, pues sólo así se formará en el país aquella mentalidad que ha de arrastrar irremisiblemente la adecuada actuación pública, las «buenas leyes». En el «Prólogo» de su «Viaje a Asturias» dice Jovellanos: «Los viajes (...) son provechosos cuando se emprenden con buena dirección; y si lo son, ¿porqué no lo serán sus descripciones, hechas con fidelidad y discernimiento? ¿Hay por ventura un medio más seguro de conocer bien los pueblos y provincias de un reino, que el de ir a los lugares mismos, y aplicar la observación a los objetos notables que se presentan? Pero; a cuan pocos de los que necesitan este conocimiento es dada la proporción

¹⁴ Cit. pr. E.F. Helman, p. 627.

¹⁵ G.M. de Jovellanos: «Diario VI», en «Obras...», III, pp. 350-351.

¹⁶ Ibid, p. 403.

de viajar para tomarle por sí mismos! ¡qué beneficio, pues, no hará a esta especie de gentes el que después de haber viajado por algún país, y estudiado cuidadosamente su naturaleza, su estado y relaciones, les comunica con generosidad sus observaciones! ¡Ojalá, exclamaba yo entonces, que hubiera una docena de hombres de provecho, que corriendo con tan loable fin nuestras provincias, enriqueciesen al público con el fruto de sus trabajos! He aquí lo que empezó a moverme a publicar mis cartas»¹⁷.

Hay que decir, finalmente, que el viaje ilustrado se fundamenta en una filosofía. La Filosofía de la Ilustración constituye un sistema que arranca de la realidad, de los fenómenos, para elevarse después a los principios generales. «Los fenómenos son lo dado y los principios lo buscado (...). Esta nueva jerarquía metódica es la que presta su sello a todo el pensar del siglo XVIII», señala Cassirer. Hombre, Naturaleza y Dios son los temas claves. El individuo es el ser fundamental, ser activo que se manifiesta mediante la percepción -razón y la apetencia-interés. El hombre tiene la obligación moral de desarrollar su personalidad, alcanzando la «felicidad». Interés particular y voluntad individual fundamentan la sociedad y el Estado que ofrecen así una decisiva dimensión racional, que debe superponerse a las realidades



Miguel Angel Houasse (1680-1730):
«Hombre sentado dibujando».

concretas debidas a una Historia entendida como resultado de elementos vitales irreductibles a la razón. La Ilustración, las luces, la educación, la educación útil, no meramente especulativa, he aquí el medio de hacer coincidir realidad y razón. Concibiendo al individuo como elemento simple y fundamental, la razón como fuerza y la felicidad como meta, la difusión de las «luces», de los conocimientos útiles, permitirá superar la ignorancia, el fanatismo y la miseria, mediante la instrucción del pueblo y la acción del Estado¹⁸.

Desde estos principios filosóficos, el viaje permite conocer la realidad en sus elementos fundamentales, enriquecer la personalidad mediante el ejercicio de la libertad que se despliega en múltiples caminos. El viajero «crece» con el viaje, desarrollando todas sus posibilidades de sentimiento, de pensamiento y acción. Después, en un segundo momento el viajero comunica a sus semejantes el resultado de sus

¹⁷ G.M. de Jovellanos: «A Don Antonio Ponz», en «Obras...», p. 271.

¹⁸ Cfr. Miguel Artola. «Estudio preliminar. Vida y pensamiento de Gaspar Melchor de Jovellanos», «Obras...», III, pp. L y ss.

observaciones, enriquece, instruyéndola, a su comunidad, rasga los velos de la ignorancia. Y, a partir de este conocimiento verdadero podrá surgir y desarrollarse una opinión pública ilustrada y podrá conocer la Administración el auténtico estado de los pueblos. Sólo desde estos presupuestos puede realizarse una política de reformas que haga posible la felicidad de los hombres.

III

La utilidad de establecer, en orden a su mejor conocimiento, una tipología de los viajes ilustrados no debe hacernos olvidar algo fundamental: la frecuente riqueza de sus contenidos que les hace desbordar una etiqueta concreta. Así, el viaje de Ponz, esos libros que, en frase de Menéndez y Pelayo, constituyen una fecha decisiva en la Historia de nuestra cultura, no es un mero inventario —y ya sería bastante— del tesoro artístico, arquitectónico y monumental de España, sino que nos ofrece, como ha puesto de relieve Joaquín de la Puente, un retrato completo de la sociedad de la época: «Sus ojos de pintor, y no importa que lo fuera mediocre, verán agudos. La sociedad en carne y hueso se le mostró en el acto, desde el mismo día en que, sin auxilios oficiales, por iniciativa propia, comenzó a recorrer las sendas de su patria para rebatir cuanto dijo de ella, de falso, un jerónimo monje lombardo. Para rebatir únicamente lo falso, porque lo cierto, por mucho que doliese a los españoles, estaba él dispuesto a proclamarlo con mayor empeño. A gritarlo, incluso. La tierra entera de España, los campos yermos, los caminos dejados de la mano de Dios, las posadas paupérrimas, los mesones cochambrosos, los pueblos que se demolían solos, la industria desaparecida y por crear, la pobreza minando por doquier a las clases «más necesarias» a la nación, fueron el yunque donde se forjó»¹⁹. Como señala su sobrino, José Ponz, en el prólogo al tomo final y póstumo del «Viaje», «la resulta de aquel trabajo, es lo que forma, en cierto modo, una colección de documentos económicos y rústicos, que entresacados de sus Cartas, pudieran formar unas selectas instituciones agrarias, no sólo debidas a su estudio y reflexión, sino a la experiencia de los más famosos botánicos y agricultores».

Los viajes de Jovellanos, descritos en sus «Diarios», nos permiten conocer, de primera mano, no sólo la realidad de la época, sino las esperanzas y los sueños reformistas de una generación. Todo está allí. La geografía y la geología: en la Cruz de Argueda, parroquia de Moro, observa: «los montes altos más distantes son formados de capas verticales, pero con la singularidad de que las vertientes son al opuesto de la posición de las capas, corriendo éstas por la línea de las alturas (...). He observado en Asturias, casi siempre las piedras que forman el núcleo de los montes en dichas capas verticales, pero en diferente posición y según estas plantas: 1.^o..., 2.^o... 3.^o... Muchas veces se ven ir declinando así..., y algunas las he notado así...»²⁰. La agricultura-ganadería: en Valdesoto, nos cuenta la sementera, recolección y costumbres populares surgidas en torno al maíz y en Mansilla de las Mulas, los obstáculos al desarrollo agrario. «Dicen que el pueblo tuvo setecientos vecinos, hoy ciento veinte; las dos terceras partes, jornaleros y pobres. Todavía hay riego; buena tierra para centeno y lino; cría de potros, mulas y ganado vacuno y lanar.

¹⁹ Joaquín de la Puente: «La visión de la realidad española en los viajes de don Antonio Ponz». Madrid 1968, p. 19.

²⁰ G.M. de Jovellanos: «Diario Primero», «Obras...» III pp. 6-7.

¿Cómo, pues, tanta pobreza? Porque hay baldíos, porque las tierras están abiertas, porque el lugar es de señorío del duque de Alba, porque hay mayorazgos, hay vínculos y capellanías. ¡Oh suspirada Ley Agraria!²¹. Las industrias y fábricas son descritas minuciosamente, desde las importantes como las de anclas, cordelería y herrajes para obuses de Isla Fernández y las de cerveza de Campogiro²², hasta las más sencillas instaladas en cualquier pueblecito, señalándose, de paso, la ineficacia de la «empresa pública»: «se ha establecido junto a Ventosa una fábrica de curtidos, en que se trabajaban antes gruesos para fornituras, becerros y suela; hasta ahora, por cuenta del Rey; así irá ello»²³. Los mercados: Haro, Roa, Villada, Rioseco, Peñaranda... sus flujos y los precios de los productos²⁴. Mas también estudia Jovellanos las obras artísticas, copia documentos de los archivos, recoge, junto al dato histórico, el folklore y las costumbres populares, observa tanto la «policía» de las ciudades como las peculiaridades antropológicas de maragatos y vaqueros de alzada, criticando la marginación social de estos últimos, etc. etc. Así, adquiere noticias del escultor Luis Fernández: «La conservación de la memoria de los hombres de mérito debe ser tanto más apreciable entre nosotros, cuanto son muy pocos los que han trabajado a favor de ella. ¡Qué de nombres dignos de buena y larga fama no habrá sepultado en el olvido el torpe descuido de que en este punto adolecemos! Trabajemos, pues, en desterrarle de nosotros, o por lo menos descarguémonos de la parte que nos cabe en la nota de ingratitud que ha contraído nuestro siglo respecto de los que han pasado»²⁵. Traza detalladamente la historia de San



«Campomanes».

²¹ Ibid. pp. 13-15 y 251.

²² Ibid. pp. 470-473.

²³ Ibid. p. 253.

²⁴ Ibid. pp. 259-260 y 296.

²⁵ G.M. de Jovellanos: «A Don Antonio Ponz», «Obras...» II, pp. 310-311.

²⁶ Ibid. pp. 276-280.

²⁷ G.M. de Jovellanos: «Obras...» III, p. 105.

Marcos de León²⁶. Describe pormenorizadamente un hórreo²⁷, las romerías y trajes populares, las «glorias» de las cocinas y en Villasecino, la curiosa costumbre de «correr la guerreifa» en las bodas: «Dase este nombre a un pan hecho de harina de trigo, leche y huevos; le hace la madrina, y alguna vez llega a arroba de peso. Este pan se pone en manos del padrino, sentado en (un) campo abierto, y a su lado dos mozos para lo que se dirá. Hecho esto, todos los mozos del pueblo y de la redonda que vienen a la boda, se ponen o presentan en fila de frente, asidos de las manos y a la voz o seña del padrino se arrojan todos a correr, y el primer que llega gana el primer bocado de la «guerreifa» por premio, y el resto se reparte sin distinción entre los concurrentes; esto es, en medio y a vista

de todo el pueblo. Cuando el matrimonio es de viudos, como el presente no hay fiesta»²⁸. Transcribe infatigablemente inscripciones y documentos antiguos y en Simancas, hace una descripción minuciosa del archivo, mostrando un concepto muy actual de la Historia —«(...) entre ellos, muchos libros de pesquisas, esencialismos para nuestra historia civil y económica, pues contienen el estado de la población, agricultura e industria y rentas de los pueblos de Castilla en los fines de los siglos XV y XVI»— y critica acerbamente las corruptelas de sus funcionarios, especialmente el sistema de tasas: «Los oficiales, unos solemnes holgazanes, y amén de eso, ignorantes y misteriosos hasta el fastidio, singularmente el llamado «mayor». Asisten a esta oficina tres horas por la mañana y tres por la tarde en los días de Consejo, bien que hay asueto en las tardes los martes, jueves y sábados, pero es claro que nada se hace, sino las copias que valen dinero, testigos de este examen y juicio, los caros amigos que me han acompañado hasta aquí, el Conde del Pinar, «Batilo» y Carlitos (Altamirano)»²⁹... En fin, nada se escapa al inmenso interés, profundamente crítico, con que los ilustrados recorren una España que había que restaurar en su presente y en su pasado: «Así rescataron del más completo abandono el patrimonio secular del arte y de las letras de la vieja España, apuntalando con increíble y desinteresado celo los restos de la antigua grandeza verdadera, al tiempo que iban repartiendo, por los mismos rincones olvidados del país, fieles a su tiempo, el recetario neoclásico de su buena nueva racionalista y patriótica».

IV

Nos hemos referido al talante esforzado, casi heroico, con que el ilustrado se ponía en camino y hacía frente a sus dificultades. El viaje era duro. Gómez de la Serna, dice, refiriéndose al que el mismo Jovellanos llamó «Gran Viaje», realizando entre agosto y noviembre de 1791 por Asturias, Cantabria, País Vasco, Burgos, Palencia, Valladolid, Salamanca y León y recogido ampliamente en el «Diario segundo»: «La mayoría (de las jornadas) a campo través o por sendas o caminos vecinales, las hace a caballo, que a veces le duplica la molestia del camino, por cansancio o lesión del animal: en otras ocasiones, las pocas que va por el camino real, viaja en diligencia, que tampoco dejaba de procurarle inconvenientes, como la que tomó en Vitoria camino de Burgos, que cerca de Briviesca dio un terrible vuelco, de consecuencia del cual le duraron varios días las contusiones. En alguna jornada vadeaba los ríos, o utilizaba las barcas de peaje, y aún hizo excursiones en barco por la bahía de Santander, la ría de Bilbao, en donde resultó que la falúa era de la inquisición, y por la bahía de San Sebastián y la ría de Bidasoa. La hora de salida era siempre muy temprana: por lo general, entre las cuatro y media y seis y media de la mañana, al rayar el día y no pocas veces todavía de noche cerrada»³⁰. Malos caminos: «Salimos, siguiendo la misma cordillera hasta una garganta, en que, dejando a la izquierda el camino de Somiedo se entra al de Teberga, y empieza a bajar el peor camino que pasé en mi vida. Lo que más incomoda es la grande altura por donde se va y el enorme precipicio que hay a la derecha. La bajada es cruel, por la peña viva, arenisca, en vueltas y revueltas tomadas por una senda estrechísima»³¹. Mesones y ventas atroces son las que nos describe Antonio Ponz, como la de Vélez

²⁸ Ibid. III, p. 176.

²⁹ Ibid. III, p. 101.

³⁰ G. Gómez de la Serna: «Jovellanos, el español perdido». Madrid, 1975, p. 280.

³¹ G.M. de Jovellanos: «Diario Tercero», «Obras...» III, p. 89. Sobre los caminos en la España del Siglo XVIII, cfr. V. Palacio Atard: «El comercio de Castilla y el Puerto de Santander en el siglo XVIII. Notas para su estudio». Madrid, 1960; Luis Antonio Ribot García «La construcción del camino de Valencia en el siglo XVIII», «Investigaciones históricas», 1 (1979), pp. 175-230; Rosa González: «Un aspecto de la política caminera del siglo XVIII: Régimen laboral y económico en la construcción del puerto de Guadarrama». Cuadernos de Investigación Histórica, 2 (1978) pp. 259-268. J. Fuentes y Ponte: «Documentos importantes sobre obras públicas en Murcia en el siglo XVIII». En estos trabajos se recoge la interesante bibliografía de la época sobre el tema.

Málaga, «de lo peor que he visto (...) cosa vergonzosa en una ciudad de dos mil vecinos». El propio Ponz nos explica las causas. Por una parte, se consideraba «deshonroso recibir de oficio al forastero y por otra «la falta de libertad en los vecinos de los pueblos para ponerlas, porque siendo en gran parte de España propias de los mismos pueblos o de los señores de ellos incurría en gran delito si alguno se dedicase a alojar al pasajero fuera de aquel paraje destinado ¡y así se hace una granjería en desollarle, particularmente cuando va por caminos reales, sin que puedan hacer otra cosa los míseros posaderos, a quienes regularmente se les echa la culpa sin tenerla! Estos se ven precisados a hacerlo así para pagar diez o doce mil reales, y a veces quince o veinte mil, al señor o al regimiento del



Miguel Angel Houasse: «Paisaje».

pueblo». La receta de Ponz contra esta «insufrible grosería que comprende y afrenta la nación entera» y «que hace huir a los extranjeros de caminar por España (mientras que) los naturales dejan de hacerlo por no verse en calamidades», es la de una triple libertad económica: «la primera, desterrar para siempre el «estanco» de los mesones; la segunda, que fuese libre a todo vecino honrado recibir huéspedes y pasajeros en su casa, privando de este ejercicio al que no lo fuese; y la tercera, que gozase igual libertad de tener todo género de provisiones compradas, o de su cosecha, sin que nadie se lo pudiese impedir»³². La delincuencia, Jovellanos nos habla de cabezas de facinerosos colgadas de escarpas, la enfermedad, sin fácil asistencia, exigían del viajero un valor cierto: «ya sabe usted —escribe Ponz— o, por lo menos, supondrá que no puede ser medroso quien ha andado millones de leguas por tierras extrañas, solitarias, peligrosas y no muy seguras de ladrones»³³.

Sin embargo, el viaje se emprendía y se realizaba —no hay pues que verlo sólo como grave empresa asumida desde el sentido del deber— gozosamente. Hay, sí, en el ilustrado, un elevado sentido patriótico, del género del que describe de esta forma el maestro Azorín: «Esta categoría de patriotismo no excluye la crítica, mas como su amor a España es sincero, perseverante y noble, su crítica transpirará siempre todas esas cualidades de sinceridad y de delicadeza que él pone en su patriotismo. No habrá en ello acrimonia ni odio; una melancólica desesperanza se desprenderá, si acaso, de los lamentos y reproches de

³² A. Ponz: «Viage de España», pp. 733-734.

³³ Ibid. p. 1.480. Cfr. J.M. Sánchez Diana: «Viajes, viajeros y albergues en la España de los Austria» «Chronica Nova», 7 (1972); Francisco Rojas Gil «Morfología del hospedaje en La Mancha en el siglo XVIII» «Cuadernos de Historia». Anexos de la Revista «Hispania» «Estudios sobre el siglo XVIII», 9 (1978) pp. 343-415; Santos Madrazo Madrazo. «Tres arbitristas camineros de mediados del siglo XVIII» «Hispania» 126, (1974), XXXIV, pp. 169-194. José Muñoz López «El mapa aduanero del siglo XVIII», «Estudios Geográficos», 155 (1961) pp. 747-797.

ese hombre»³⁴. Mas, hay también una alegría espontánea, que le dotaba de una empatía cierta. «En los viajes era nuestro Rmo. Flórez —nos cuenta Méndez— festivo, desembarazado, jovial y nada impertinente ni molesto. Muchos sujetos que sabían y conocían su nombre y forma, tan divulgada por todas partes, se pasmaban que fuese tan llano y sociable. Luego que llegaba a la posada, al punto echaba a andar por el lugar y trababa conversación con el primero que se le ponía por delante, haciéndole mil preguntas según sus luces y razón»³⁵, y Jovellanos escribe a Ponz: «No sabré yo explicar bastante bien cuanto nos hemos divertido en el camino. Nuestro Comendador contribuyó a ello cual ninguno; y vale un Perú para semejantes partidas. En medio de aquel aire circunspecto y aquella severidad de máximas que usted tanto celebra, tiene el mejor humor del mundo y el trato más agradable que pueda imaginarse. Así que sus conversaciones nos han entretenido continuamente, y sus ocurrencias sobre el carácter grosero y remolón de los carruajeros, la estrechez y desaliño de las posadas, la aridez y monotonía del país que atravesamos y otros objetos semejantes, fueron sobremanera oportunas y chistosas»³⁶.



«La posada»: Dibujo de Dutailly, en el libro *«Itineraire descriptif de l'Espagne»*, de A. de Laborde.

Sin duda que aquella alegría guarda relación tanto con la conciencia del deber cumplido, como con el buen momento que atravesaba el país y que hacía imaginar esperanzadamente tantas posibilidades de mejora. Pero no hay que olvidar el gozo que surge de la curiosidad satisfecha, del desvelamiento de un país «encantado», es decir, en gran parte desconocido: todavía, bien entrado nuestro siglo, Torres Campos pudo descubrir Santa María de Lebeña. Alegría que surge también del amor a la vida y del interés por todas sus manifestaciones, Jovellanos disfruta plenamente de una excursión a Cangas de Tineo con ocasión de la vendimia —también se viaja, pues, por placer— y es capaz de interesarse por los libros de Payne y Gibbon y por los bizcochos de una nueva confitería abierta en Gijón.

En el viaje experimentará Jovellanos el inmenso placer del contacto con la naturaleza. No sólo el paisaje cultivado atrae al hombre de la Ilustración: «El Valle de Peón ofrece la vista más deliciosa, lleno por todas partes de amenidad y exuberancia; los trigos, soberbios, y el centeno en las rozas, el maíz sallado pinta bien. Buen cultivo; mucho arbolado de

³⁴ Azorín: «Los valores literarios». Losada. Buenos Aires, s.f. pp. 214-215.

³⁵ Fr. Francisco Méndez: «Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro. Fr. Enrique Flórez», p. 169.

³⁶ G.M. de Jovellanos: «A don Antonio Ponz». «Obras...» II, p. 232.

fruta y sombra, en particular manzana». También la «sublimidad», término que tantas veces se repite, de los espacios naturales: «Pasado el puente Tuero, hay unas eminentísimas peñas a una y otra banda, espectáculo de los más grandes y sublimes que puede presentar la Naturaleza».

Angel del Río se ha ocupado ampliamente de este tema, recordando cómo Menéndez y Pelayo señaló la especial aptitud del escritor asturiano para sentir la emoción de la naturaleza y Azorín la «sensación aguda de paisaje que hay en sus versos». Gerardo Diego, por su parte, pone de relieve la sensibilidad de Jovellanos para observar lo más delicado y menudo, los mínimos primores de la naturaleza, como un fray Luis de Granada o un Azorín, a la vez que para captar la abrupta grandeza de Pajares o de Montserrat³⁷.

RESUME

En Espagne, ainsi qu'en d'autres pays de l'Europe, la fièvre des voyages fut aussi connue au dixhuitième siècle, et le fait le plus remarquable de tous fut que les espagnols commencèrent à parcourir son propre pays. Le but de ces espagnols voyageant tout au long de l'Espagne était celui de montrer ce que son pays fut et ce qu'il était devenu. Le voyage illustré fut encouragé par la Couronne et considéré faisant partie du renouveau total de la nation espagnole. C'est comme ça que se firent des voyages ayant pour but plusieurs et différentes finalités: économiques, scientifique-naturalistes, artistiques, historique-archéologiques, littéraire-sociologiques et politiques. Cependant tous les voyages illustrés ne furent officiels; l'intérêt personnel et les capacités de l'auteur sont des facteurs d'enrichissement du contenu du voyage. Les voyages de Ponz o de Jovellanos nous permettent de tenir, de première main, non seulement la réalité de l'époque, mais l'espoir et les songes réformistes de toute une génération.

³⁷ Cfr. Angel del Río: «El sentimiento de la Naturaleza en los «Diarios» de Jovellanos». «Nueva Revista de Filología Hispánica». VII (1953), pp. 633-634.

³⁸ Ibid, pp. 634-635.

³⁹ G.M. de Jovellanos: «Diario Tercero», «Obras...» III, p. 92.

⁴⁰ Ibid, p. 373.



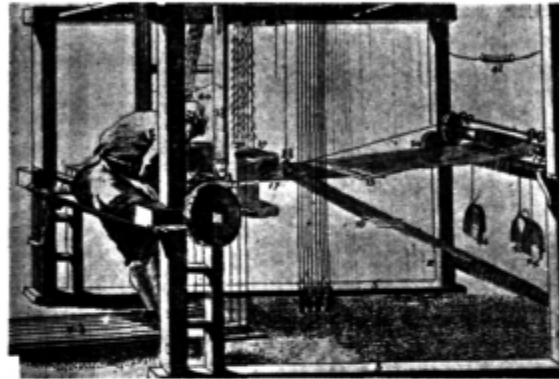
«Valencia», dibujo de Ligrer, en el libro de Laborde.

En este sentido, será también importante, junto a la de la tradición clásica, la influencia de Rousseau. Jovellanos lee en 1794 las «Confesiones», «libro que en conjunto, dice del Río, le merece un juicio poco favorable a pesar de lo cual es manifiesto que inconscientemente va dejándose penetrar por la sensibilidad exaltada del ginebrino ante los paisajes solitarios y románticos»³⁸. Late un sentimiento prerromántico en textos como éste: «Gran calor; descanso a orilla de un arroyo abundantísimo que baja de lo alto a entrar en el río por su izquierda. Es sitio delicioso, a la margen de las sonoras aguas y a la sombra de un hermoso avellano. Todo es poético (...). Voy a dejarlo, aunque sienta arrancarme de tan agradable situación. ¡Oh naturaleza! ¡Qué desdichados son los que no pueden disfrutarte en estas gustísimas escenas, donde despliegas tan magníficamente tus bellezas y ostentas toda su majestad!»³⁹. Y una sensibilidad muy cercana a la nuestra en éste otro: «Paseo; siete árboles grandes; las ramas quitadas y llevado el tronco; es increíble cuanto disgusto me dio su vista. ¿De qué servirá plantar, si se corta? ¿De qué el celo, si se opone la malicia y el interés? Encuentro con el Juez segundo; se lo digo»⁴⁰.

V

El viaje ilustrado pone de relieve un hecho fundamental: el cambio experimentado por el país. Ciertamente, persiste la miseria, la despoblación

ción y el atraso cultural. Pero, al mismo tiempo, son patentes los signos de vitalidad en las provincias. Nuevos cultivos, nuevas empresas económicas, nuevos caminos... y, sobre todo, un amplio ámbito de sociabilidad ilustrada que no se reduce ya a la Corte y a dos o tres ciudades importantes. Gómez de la Serna señala la frecuencia con que Jovellanos se encuentra —y no sólo en Asturias, sino en todas partes— con amigos que también viajan o que le esperan en sus pueblos para acompañarle en parte de su recorrido o a algún lugar concreto, los alojamientos en casa de amigos o parientes, las tertulias que surgen con tal ocasión.



Dibujo de un telar, en la obra «Espectáculo de la Naturaleza», vol. XII.

SUMMARY

As in the rest of European countries, also Spain during the XVIII century «suffered» from the travelling fever; but what is most remarkable is the fact that Spaniards started to travel through their own country. The purpose of these Spanish travellers through Spain was to show what Spain had been and what it was at their time. The illustrated travel was promoted by the Crown and it was conceived as a part of the total renovation of the Spanish nation. Thus, trips were taken with several and various aims: economic, scientific, naturalist, artistic, historical, archeological, literary-sociological and political. Nevertheless not all the illustrated travels were official; the personal interest and the capacity of the author are enriching factors of the trip contents. The travels by Ponz or Jovellanos let us know, at first hand, not only the reality of the time, but also the hopes and reformation dreams of a generation.

Todo parece indicar que, en buena medida, la pequeña nobleza, único grupo social con un nivel cultural suficiente, respondió al proyecto ilustrado. Muchos permanecieron en sus lugares de origen, formaron parte de las Sociedades Económicas, fundaron industrias, tuvieron bibliotecas y llevaron una vida digna y refinada. D. Pedro Posada, en Casa de Ribero, «buena casa, capilla con excelente retablo de buena arquitectura y pinturas por el gusto de Federico Barocccio, pueden ser también del Parmigianino». Inguanzo, en la Herrería. El Marqués de Montehermoso, en San Sebastián, en cuya mansión hay libros científicos y se celebran veladas musicales. El Conde de Villafuerte tiene en Vergara un cuadro atribuido a Leonardo. El marqués de Ureña vive, en la isla de León, con laboratorio de química, biblioteca, instrumentos de física, pinturas. En Cangas, el marqués de Toreno tiene salón de pinturas y gabinete de Historia Natural. En Santo Domingo de la Calzada, Miguel Antonio Tejada vive rodeado de «buenos libros, gabinete físico con máquinas, hornos, vasos» y «un buen torno en que trabaja» Luis Collantes en Reinosa, se dedica a la minería y «tiene muy buenos libros; está haciendo un laboratorio químico, tiene su pequeño gabinete mineralógico, y mucha afición a este estudio y a la botánica». En su jardín rústico, el general Ricardos cultiva y estimula la propagación de nuevas especies de plantas... y tantos otros. Los contemporáneos, como Cadalso, se daban cuenta de la emergencia en ciudades y aldeas de ésta relativamente amplia minoría selecta: «Tengo observado —dirá Francisco María de Silva— que en España hay más luces y conocimiento de lo que ordinariamente se piensa y aparece. Vivo persuadido que, bien organizadas las proporciones actuales revivirían nuestras amortiguadas glorias y al atraso sucederían los progresos»⁴¹.

⁴¹ Cit. por J. Sarrailh. «La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII». México, 1957, p. 146.

El desastre con que concluye la centuria no debe hacernos olvidar el nivel alcanzado por el país en la segunda mitad del siglo. Este nivel hizo posible que un hombre como Jovellanos, que lo fue todo en la Corte, pudiera alcanzar su plenitud intelectual y humana en una pequeña ciudad, en Gijón.

ZUSAMMAMENFASSUNG

So wie in den übrigen europäischen Ländern, im 18. Jahrhundert entstand auch in Spanien das Reisefieber, aber mit dem Unterschied, dass die Spanier durch ihr eigenes Land zu reisen begannen.

Die Absicht dieser Spanien-Reisen war es, zu zeigen, was Spanien einst war und gewesen ist. Die Bildungsreisen sind durch die Spanische Krone unterstützt worden und als ein Teil einer Global-Erneuerung der spanischen Nation angesehen. Es wurden somit Reisen veranstaltet mit verschiedenen Endzielen: wirtschaftliche, wissenschaftlich-naturalistische, künstlerische, historisch-archäologische, literarisch-soziologische und politische. Davon abgesehen, nicht alle Bildungsreisen hatten einen offiziellen Charakter, sondern das persönliche Interesse und die persönliche Fähigkeit des Reisenden stellen die Faktoren dar, welche den Inhalt einer Reise berechnen. Die Reisen von Ponz oder von Jovellanos erlauben uns aus erster Hand nicht nur die Wirklichkeit der damaligen Zeit sondern auch die Erwartungen und Reform-Träume kennenzulernen.